

# Ave César

## 1

Roma no gasta bromas. ¡Faltaría más! Cuando una tribu sometida se atreve a levantar la nariz allí están las legiones romanas para castigar su osadía. Pero antes de que las siete colinas enanitas se junten para formar una urbe gigantona tiene que llover bastante. Los pueblos, como los reyes, no se contentan con tener un origen como todos. También Roma busca adornar sus balbucesos con leyendas más o menos fantásticas. Se dice que unos niños gemelos abandonados, Rómulo y Remo (como Pedro y Pablo, aquí cambiar el orden de los factores sí que altera el resultado) fueron amamantados por una loba. La nutrición con leche de vaca, incluso de oveja, sería un hecho trivial para una urbe que fue el orbe del mundo antiguo. Estos muchachos, como los hermanos que pelean por un juguete, llegaron a las manos para decidir el lugar donde se asentaría la ciudad. Uno que aquí, otro que allá. El caso es que Rómulo venció y trazó con el arado un círculo que señalaba los límites sagrados de la ciudad nueva prometiendo que mataría a quien lo traspasara. Remo, un poco escocido por la derrota, cruzó en actitud algo chulesca. Y aquí tenemos ya el dilema entre mantener una promesa injusta o ser justos desobedeciendo una promesa. Este fue el mismo dilema de Abraham forzado, sin consecuencia, a matar a su hijo; y también el del juez Jesé que mató a su propia hija por una estúpida promesa. Rómulo no mató a su hermano por envidia, como hizo Caín con Abel, sino para que no le llamasen mentiroso, achantado, echado para atrás, etc.

Y una vez que tenemos un continente debemos darle un contenido. ¿Qué población debía llenar la ciudad de las siete colinas? El continente australiano contenía los criminales que no habían podido contenerse ante las leyes británicas. Pues bien, Roma se llenó de forajidos y maleantes de toda laya. (Los romanos actuales se molestan de proceder de una ralea de homicidas, ladrones, camorristas y gente de mal vivir). Solterones, los hijos del Lacio se dedicaron a *cherchez la femme*. Pusieron los ojos, y las manos, en las mujeres e hijas de sus vecinos los sabinos. Pero, como dice Plutarco, solamente fueron treinta mujeres, un contingente claramente insuficiente para las necesidades fisiológicas de un pueblo tan aguerrido. De aquí algunos deducen que el rapto de las sabinas tuvo su comienzo más en las ganas de incordiar y buscar las ajenas cosquillas que en el deseo de formar un hogar propio. Otra necesidad además de la procreación es saber cuándo pasan las cosas que pasan. La cronología romana comienza

el día de la supuesta fundación de la ciudad (753 a.C.); los cristianos convierten luego dichas fechas en años anteriores o posteriores al nacimiento (también aproximado) de Jesucristo. Durante unos dos siglos y medio “ab urbe condita”, los romanos fueron gobernados por reyes, en total siete, como el número de colinas y de sabios griegos. El primer monarca se llamó Numa Pompilio y fue un hombre con cara de palo, santurrón e incapaz de hacerle daño a una mosca; los tres últimos reyes fueron etruscos y hubo de todo como en botica: Servio Tulio fue un buen rey, modelo de monarcas; en las antípodas está Tarquinio, alias el Soberbio, y podemos deducir de dicho epíteto el carácter de dicho tirano. Un hijo suyo abusó de una honesta mujer llamada Lucrecia, y este crimen fue la gota que colmó el vaso para que los romanos expulsaran del reino a gorracos al último rey. Podían haber cantado aquello de “no se ha ido, que lo hemos echado”. Tanto odio provocó Tarquinio que la mención de la monarquía sacaba de sus casillas a los romanos. La república vino y con ella los dos cónsules gobernantes que se compensaban entre sí de modo que se evitaba el gobierno personal. Y, además, si esto fallaba, la magistratura suprema estaba limitada a un solo año. ¡Pocos destrozos se pueden hacer en doce meses! Por supuesto, los cónsules y los senadores salían siempre de las familias bien, los patricios; los plebeyos apechugaban solos con las faenas agrícolas y pagaban sus impuestos. La cuestión social ha existido en la historia sin esperar a que naciese Marx y el proletariado industrial. ¿Y cómo se manifestaba dicha tensión? El conflicto llegó hasta el extremo que la plebe hizo una huelga general y se marchó a una de las colinas romanas como alguien que se despide dando un portazo. Ruegos, amenazas, nada. Los plebeyos seguían erre que erre en sus trece. Finalmente, un emisario logró convencerles con un cuento: las manos se quejaban de que ellas hacían todo mientras que el estómago, sin hacer nada, se llevaba toda la comida. Un día decidieron no darle nada, pero poco a poco la debilidad se hizo más fuerte y las manos ya no podían ni moverse. Ergo, unos nacen para mandar y otros para trabajar. La historia tal vez no haya sido así, pero se *non è vera è ben trovata*.

Como tantas veces ha ocurrido en la historia, los pequeños (el pueblo, unido....) consiguen arrancar derechos a los fuertes, derechos que deben plasmarse en leyes escritas para que no sean papel mojado. El código de las doce tablas es el primer texto jurídico que pone freno a la arbitrariedad de los jueces patricios. Otra victoria popular es la creación del Tribuno de la plebe, algo así como un Defensor del pueblo en nuestros tiempos.

Roma va creciendo conquistando las tribus itálicas. Se diría que las legiones, desde un punto concreto, hacen una carrera en todo el calzetín de la península. Mientras tanto Cartago, un pueblo descendiente de los fenicios, domina la cara sur del mediterráneo. ¿Cómo no van a pelear los dos chicos más fuertes de la escuela? Cada uno tiene sus seguidores, sus aliados. Asistimos a una política de bloques semejante a la de nuestros días. Cartago y Roma se enfrentan para ser los mandamás del mundo antiguo. En estas guerras “púnicas”, tres, gana Roma y pierde Cartago que “delenda est”. La derrota cartaginesa deja a los romanos como únicos señores del mediterráneo, un mar que se transforma en un lago grande para los hijos del Lacio. Pero, a pesar de la victoria de sus enemigos, el general Aníbal, sobrepasando a los dos Escipiones, es el héroe de aquella contienda. No solamente puso en un puño a los habitantes de la ciudad de Roma, sino que también se atrevió, y es mucho atreverse, a cruzar los Alpes con esos panzudos tanques de cuatro patas que son los elefantes. Sin embargo, aquellos paquidermos no fueron demasiado útiles, pues los romanos hicieron sonar tan fuerte todas las trompetas que las bestias, como si entrasen en una cacharrería, salieron en estampida embistiendo a la mismísima infantería cartaginesa. Despachada su gran enemiga, sobre cuyo solar se arroja sal en señal de que la ciudad había sido arruinada totalmente (costumbre algo supersticiosa), Roma comienza a mirar más alto, extender el horizonte de su dominio. Una de las primeras víctimas fue Grecia, tan bella y agraciada que encandiló a los rudos legionarios. ¿Qué podían oponer ellos, simples militarotes y cabos chusqueros, a todas aquellas hermosas estatuas, la dulce música, el refinamiento de la comida y del vestido, etc.? La cultura latina se reducía únicamente a la agricultura. Tan impresionados quedaron con el modo de vivir heleno que los viejos pastores, gregarios de Atenas, comenzaron a imitarla en todo. Los hijos de la nobleza eran educados por preceptores griegos, los autores de teatro, los filósofos, los arquitectos, todas las manifestaciones del espíritu tomaban como modelo la patria de Pericles. Por supuesto, los más viejos ponían el grito en el cielo: “¡Hasta donde hemos llegado!”. Esa falta de porosidad hacia lo nuevo que viene de fuera es un hecho habitual en la historia. Todavía hay católicos a machamartillo que tienen a San Nicolás (siendo un santo) como un intruso empeñado en desbancar a los reyes magos en la preferencia de los niños.

El crecimiento de la república se puede comparar a un hombre adulto que vistiese con ropas de niño. ¿No van a romperse las costuras? Las instituciones romanas, encorsetadas, estaban hechas para un territorio pequeño y con las miras puestas en rechazar el poder absoluto. Pero Roma crece, abarca unos amplios dominios y es urgente tomar decisiones firmes, vigorosas, rápidas. Y pasa lo mismo que en otros lugares y en otros tiempos: los golpes militares, el ruido de sables, los pronunciamientos... Aquellos generales victoriosos que aportan a Roma enormes riquezas quieren también tomar el poder en su propio beneficio. Se producen guerras civiles, Mario contra Sila, primero; luego César contra Pompeyo. Las luchas intestinas tienen lugar también en la cuestión social. Los hermanos Graco, tribunos de la plebe, eran como unos socialistas de la época y pretendían una reforma agraria que diese tierras a los pobres en perjuicio de los terratenientes. Los hacendados, viendo el peligro del populismo, se encargaron de quitar de en medio a los adalides de la reforma. ¿No sucede algo así en países iberoamericanos donde doscientas familias poseen toda la propiedad?

El fin de la república coincide con el ascenso de la estrella de Julio César. Pasando el Rubicón con su ejército rompió las leyes romanas y desde entonces la suerte estaba echada, no cabía vuelta atrás. Las campañas militares de César se contaban como triunfos sucesivos. Toda la Galia (menos un pueblecito) había caído bajo las legiones que llevaban en su estandarte SPQR, Senado y Pueblo Romano. César era tan presuntuoso que hablaba de sí mismo en tercera persona (cosa que algunos politicastos que no le llegan a los tobillos han imitado). Pero, como sucede a menudo, la fortuna de unos acarrea la envidia de otros. Bajo el disfraz del patriotismo unos conjurados, entre los que estaba su hijo Bruto, apuñalaron a César para que no se hiciera coronar rey. Trabajo perdido. El sucesor se convirtió en emperador con el nombre de César Augusto. A partir de ese momento todos los emperadores llevaron el nombre de César y también algunas ciudades como Cesárea o César Augusta (Zaragoza). El nombre del mes de Julio se debe a Julio César y el mes de Agosto a Augusto. Queda pues demostrado que le debemos a los primeros césares de Roma las vacaciones de verano. La inclusión de dichos meses en un calendario de diez meses hizo que septiembre no fuera ya el mes siete, ni octubre el ocho, ni noviembre el nueve, ni diciembre el diez tal como nos revela su denominación.

César Augusto, para acumular todo poder en sus manos, tuvo

antes que acabar con Marco Antonio, amante de la reina egipcia Cleopatra, tan hermosa mujer como caprichosa y cuya nariz dicen que hubiese cambiado el curso de la historia si hubiera sido distinta. Estos episodios donde se mezclan amor y guerra están pintiparados para el celuloide americano. Con Octavio (o sea, Augusto) se alcanza la Pax romana. El imperio - todavía formalmente no lo era - está seguro en sus fronteras y cualquier alteración es una breve cosquilla para las falanges imperiales. Muchos son los poetas como Virgilio que loan este periodo pues nunca falta alpiste al jilguero que canta al dueño de la jaula. Cuarenta años de paz (les suena algo). Claro es que Augusto no se presentaba a sí mismo como un rey sino como un perfeccionista de la república, el primero de los senadores. ¡Vamos, como si un gobierno autoritario se llamase democracia orgánica!

Tras la *belle époque*, el Imperio naciente decae ya desde su mismo comienzo. Tiberio, sin tapujos, reina como emperador de la primera dinastía, los Julio-Claudio. Aunque no era inepto terminó hastiándose de tanto estiralevita y se refugió en la isla de Capri dedicado a contemplar el paisaje aunque sin criar ocas como Axel Munthe. Después de Tiberio vino Calígula, que ha pasado a la historia como el hombre más loco y extravagante que haya gobernado jamás (tal vez con la excepción de Luis II de Baviera, que no fue sanguinario). Se dice que nombró cónsul a su caballo, pero no se cuenta que probablemente el equino administraría el imperio con mejores trazas que su amo. ¿Puede sorprendernos que rápidamente un puñal (¿o fue veneno?) librase a Roma de tal inepto chiflado? Al loco siguió el pusilánime Claudio, nombre que designa "cojo". Además de este defecto añadía el pobre hombre la tartamudez. A pesar su apocamiento no fue un mal gobernante. Y llegamos hasta Nerón, el peor. Pirado, malvado, depravado, pirómano, y muchas cosas más. Se ha hecho tristemente célebre por un doble motivo: uno, incendiar Roma queriendo cargar el muerto a los cristianos; otro, que lo imaginemos en el Coliseo romano con su laurel en la cabeza, la cítara en la mano y el dedo pulgar hacia abajo (en realidad el Coliseo no existía aún pues fue obra de Vespasiano, concluida por su hijo Tito, años más tarde). Acabó mal sus días siendo obligado a suicidarse, una muerte violenta que ya era habitual en el corrompido imperio y que él mismo practicó en la persona de su consejero Séneca empujándolo a quitarse la vida (los patricios se mataban, no eran matados. Cuestión de honor).

Nerón tuvo tiempo suficiente para mandar matar a muchos de sus compatriotas, pero no tuvo la oportunidad de dejar un heredero. Los generales imponen a Vespasiano y con este emperador comienza la dinastía de los Flavios. Durante estos años los judíos se levantan contra Roma y Roma acaba con Judea. Los tesoros del templo de Jerusalén son expoliados y los hebreos sufren una diáspora hasta que el sionismo, con la ayuda de occidente, entra de nuevo en la región para perjuicio de los palestinos y preocupación del mundo entero. La edad dorada de Roma se inicia entonces con Trajano, un gran emperador que no es itálico (como en la Iglesia con sus papas, parece que a los italianos les cuesta dejar el poder). Este emperador era hispano, de Itálica, la actual Sevilla, pero hace falta mucho patriotismo y también poca cultura para considerarlo un español, compatriota nuestro y precursor del cante jondo. A Trajano le sucedió Adriano, de otros gustos distintos a los heterosexuales, buen emperador y empedernido amante del esclavo y joven imberbe Antinoo. Del emperador Antonino el Pío basta con su apodo para deducir el carácter. Y si Antonio fue piadoso, Marco Aurelio llevó a cabo el ideal platónico del rey filósofo. En este periodo los bárbaros asoman las barbas en el límite del imperio, pero no con afán guerrero sino de supervivencia buscando tierras para alimentarse. Roma a duras penas conseguirá frenar esta presión demográfica (tampoco sabemos hoy qué hacer con tanto inmigrante que llega a nuestras costas tras haber vivido a sus costillas en el colonialismo).

Marco Aurelio cedió el testigo a Cómodo, un favor de familia que puso al imperio en una incómoda situación. Cuando los historiadores hablan de los cinco emperadores buenos deberían reducirse a cuatro. Megalómano, quiso nada menos que cambiarle el nombre a la vieja Roma que pasaría desde entonces a denominarse Colonia Nova Commodiana. Ni siquiera Mussolini se atrevió a tanto. Carecía de valor y le gustaba enfrentarse a los gladiadores con tridentes sin punta igual que un torero ante un morlaco afeitado o con bolas en la punta de las astas. ¡Así cualquiera es valeroso! Una vez más, un emperador no murió de su muerte, que diría Bernal Díez del Castillo. Fue asesinado en el baño por un esclavo como Marat, el amigo del pueblo, o bien como un personaje de una celebrada película de suspense americana.

Ante tanto desgobierno los militares, como tantas veces, se creen obligados a intervenir. Los soldados imponen a Septimio Severo, hombre muy severo y de una rudeza propia de su origen africano. Su hijo Caracalla fue tan mal hijo que quiso matar a su

padre y éste, como es lógico, censuró a su vástago la tentativa de parricidio. Se le recuerda como el emperador que amplió la ciudadanía romana a todos los habitantes del imperio. Si algunos de sus antecesores se habían creído dioses en la tierra, éste majareta pensaba ser la reencarnación de Alejandro Magno (todavía no había nacido Napoleón ni existían los manicomios).

Roma cada vez se hunde más. Las cosas de palacio no van despacio sino más rápidamente hacia su perdición. Guerra civiles, caos, sucesión de emperadores, algunos de los cuales apenas sentados unos días en el trono ya han sido derrocados (como si se tratase de repúblicas bananeras). Estamos a fines del siglo III d.C. y aparece Diocleciano que retrasa la inevitable caída del imperio dos siglos más tarde. Como tiene mucha faena gobernar tantas tierra aplica la división del trabajo estableciendo una tetrarquía. Parte en dos el imperio, y cada parte será gobernada por un emperador contando con un virrey, vicedirector, vice-emperador, o como se quiera llamar. Esto dio un respiro a Roma. Esta reforma fue constante y Constantino siguió en la misma línea trazada por su antecesor. Este emperador funda Constantinopla, la nueva Roma o Bizancio. Su haber se encuentra en conceder la libertad de cultos. Teodosio hará más tarde del cristianismo la religión oficial. ¿Qué sería la Iglesia católica sin esta medida dictada desde el poder? Como si fuera una enredadera la religión cristiana se extiende aprovechando la administración del imperio. De poco sirvió un intento de volver al paganismo con Juliano el Apóstata.

A la muerte de Teodosio el imperio se divide en dos: occidente, con la capital en Roma y Honorio como emperador; Oriente, con la capital en Bizancio y de emperador Arcadio.

Y vienen las alemanas (perdón, los bárbaros)...

Roma está barbarizada, quién la desbarbarizará... Los bárbaros, con rizo o sin ellos en sus barbas, se infiltran en las posesiones de la otrora orgullosa Roma. Y como ya no hay soldados valerosos - la molicie ablanda la milicia - se debe hacer mano de unos godos que luchan contra otros godos. Pero además de visigodos y ostrogodos, tenemos a suevos, alanos, burgundios, etc. Los generales bárbaros hacen y deshacen a su antojo emperadores títeres de su voluntad. Alarico llega incluso hasta saquear Roma. Las autoridades imperiales huyen de las ciudades quedando los obispos como sus gobernantes. El último emperador - como en China - es un pequeñuelo llamado Rómulo Augustulo. Su mismo nombre diminutivo nos indica que es un personajillo insignificante cuya aparición en los libros de historia únicamente se debe a concluir el largo periodo que se inicia con César Augusto. Odoacro

lo asesina y aquí se acaba todo.

La caída del imperio romano no debe imaginarse como un edificio que se derrumbara de un golpe. Podemos imaginarnos una casa sin mantenimiento: un día hay una filtración, otro se desconcha la pintura, las termitas se introducen en las vigas realizando su callada labor, etc. De repente, todas esas pequeñas cosas se precipitan...

## 5

Grecia había sido maestra del pensamiento; Roma lo será de la acción: acueductos, puentes, calzadas (que todas llevan a Roma), etc. Muchas de las obras públicas de este pueblo de legionarios se conservan aún todavía. Y otra materia en la que sobresalen los romanos es el Derecho, que viene a ser como un pensamiento, pero un pensamiento aplicado a la realidad concreta de la sociedad. Todas las facetas de la vida común están reguladas por leyes, desde la posesión hasta los testamentos pasando por las transacciones comerciales. Y, naturalmente, no se olvida a la familia.

Rómulo, no en balde fundador de una patria de juristas, instituyó por vez primera el divorcio. Conviene, roto el amor, tener los papeles bien en regla. La esposa no podía repudiar a su marido. ¡Hasta ahí se podía llegar!

Ahora bien, el marido tampoco podía actuar caprichosamente dejando a su legítima por el gusto pasajero de otra falda. Si quería concederle divorcio tenía que darle la mitad de su hacienda y el resto al templo de Ceres para que los curas y monjas de la antigüedad aplacasen la ira de los dioses infernales. Como puede advertirse, un rico patricio se va a la ruina tras un divorcio como en nuestros días sucede con algunos famosos.

La ley de Rómulo autoriza o permite al marido el repudio solamente en tres casos: a) envenenamiento de los hijos comunes (cosa lógica); b) comisión de adulterio (razonable) y c) como última y previsoramente... ¡falsificar las llaves!

Claro está que no se menciona lo que abren esas falsas llaves... Si será la despensa, *matarile, rila, rila* o será el balcón, *matarile, rila, ron*.

Pero el divorcio no existe sin el matrimonio. ¿Qué piensan los juristas sobre esta institución que para unos es la puerta del cielo y para otros la antesala del infierno? En principio, el matrimonio no lleva consigo una vinculación jurídica. Un hombre y una mujer viven ajuntados. Basta. Claro es que el matrimonio tiene también algunas consecuencias sobre el patrimonio. Cuando una mujer se casa



aporta una dote al paterfamilias de la familia de su esposo. Se debe tener en cuenta que “pater”, más que un sentido biológico, se relaciona con la raíz de “potente”. “Pater” es, por tanto, quien tiene poder, el jefe de la familia, y ésta no se reduce solamente a los hijos biológicos sino también a los esclavos y criados que viven en el hogar doméstico. Y, si como suele decirse, el casado casa quiere, se sigue de ello que los hombres cautivos “abandonan el domicilio” y la mujer queda entonces libre para meter en su cama a quien guste. Porque ¿cómo saber si el marido, en vez de estar preso, ha ido supuestamente por tabaco (perdón el anacronismo) y “ahí te que quedas”? Cuando la mujer ha sido fiel al regreso del marido cautivo, y éste todavía la quiere, debe repetirse el matrimonio disuelto. No sabemos si los invitados y los regalos eran los mismos.

Evidentemente una mujer y un hombre se sienten atraídos para su propio goce sexual mutuo y para tener también una prole que continúe su apellido heredando sus pertenencias. El bienestar conduce muchas veces al egoísmo. Julio César reprocha a las mujeres que prefieren tener como mascota un perro a dar hijos para la patria. Y un joven romano se niega a ceder el paso a un anciano porque éste se ha mantenido soltero. ¡Hasta se llega a plantear multas a quienes no contribuyan al crecimiento demográfico!

El derecho romano es una de las grandes aportaciones de Roma a Europa; otro gran legado es su lengua latina, fundamento de las actuales lenguas romances cuando se fraccionó debido al aislamiento de las regiones del imperio como consecuencia de las invasiones bárbaras. Ese latín fue el que sirvió a Horacio para escribir un petulante verso que en *roman paladino* dice esto: “He levantado un monumento más perenne que el bronce”. Hoy ya no hablan latín ni los curas...

Pablo Galindo Arlés, 23 de enero de 2015